

Evangelio del Domingo

Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 13, 1-9).

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían.

Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera».

Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?"».

Pero el viñador contestó: "Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar"».

Contenido de la Hoja Semanal	
Evangelio:	Del evangelio de san Lucas (Lc 13, 1- 9).
Magisterio:	Bula de convocación del Jubileo de la Misericordia (19).
Propuesta:	Encontrar a Jesús (19)
Testimonio:	Olga de la Cruz, carmelita descalza del monasterio de Loeches (I)

Visite nuestra web: www.reinaciolo.com

El Santo Padre, muestra como la misericordia perfecciona la justicia.

El Apóstol Pablo antes de encontrar a Jesús en el camino a Damasco, su vida estaba dedicada a perseguir de manera irreprochable la justicia de la ley (cfr Flp 3,6). La conversión a Cristo lo condujo a ampliar su visión precedente al punto que en la carta a los Gálatas afirma: « Hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley » (Flp 2,16). Su comprensión de la justicia ha cambiado ahora radicalmente. Pablo pone en primer lugar la fe y no más la ley. No es la observancia de la ley lo que salva, sino la fe en Jesucristo, que con su muerte y resurrección trae la salvación junto con la misericordia que justifica.



La misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer. La experiencia del profeta Oseas viene en nuestra ayuda para mostrarnos la superación de la justicia en dirección hacia la misericordia. La época de este profeta se cuenta entre las más dramáticas de la historia del pueblo hebreo. El Reino está cercano de la destrucción; el pueblo no ha permanecido fiel a la alianza, se ha alejado de Dios y ha perdido la fe de los Padres. Según una lógica humana, es justo que Dios piense en rechazar el pueblo infiel: no ha observado el pacto establecido y por tanto merece la pena correspondiente, el exilio.

Las palabras del profeta lo atestiguan: « Volverá al país de Egipto, y Asur será su rey, porque se han negado a convertirse » (Os 11,5). Y sin embargo, después de esta reacción que apela a la justicia, el profeta modifica radicalmente su lenguaje y revela el verdadero rostro de Dios: « Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no un hombre; el Santo en medio de ti y no es mi deseo aniquilar » (Os 11,8-9). San Agustín, comentando las palabras del profeta dice: « Es más fácil que Dios contenga la ira que la misericordia ».[13] Es precisamente así. La ira de Dios dura un instante, mientras que su misericordia dura eternamente.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES.- 7º ENTERRAR A LOS MUERTOS

Cristo no tenía lugar sobre el que reposar. Un amigo, José de Arimatea, le cedió su tumba. Pero no sólo eso, sino que tuvo valor para presentarse ante Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. También participó Nicodemo, quien ayudó a sepultarlo. (Jn. 19, 38-42). Enterrar a los muertos parece un mandato superfluo, porque –de hecho- todos son enterrados. Pero, por ejemplo, en tiempo de guerra, puede ser un mandato muy exigente. ¿Por qué es importante dar digna sepultura al cuerpo humano? Porque el cuerpo humano ha sido alojamiento del Espíritu Santo. Somos “templos del Espíritu Santo” (1 Cor 6, 19).

Encuentro con Jesús nº 19

«Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar».



No cabe el pesimismo sombrío, sino la conversión y la esperanza en un cambio fundamental que permita a la persona y a la comunidad humana y eclesial realizar su destino. Si las cosas van mal no cabe resignarse, desmoralizarse o inhibirse, sino ponerse manos a la obra para enderezar el rumbo torcido y colocar la vida y la historia en su ruta verdadera.

Testimonios desde la Vida Consagrada: «Pertener a Cristo...» (I)

Olga de la Cruz, carmelita descalza en el monasterio de Loeches (Madrid)

La hermana Olga, que había estudiado medicina y a ella se dedicaba profesionalmente, un día decidió dejar su brillante carrera y un prometedor futuro para hacerse religiosa. Tenemos la inmensa suerte que en este número de febrero nos cuente su experiencia, con motivo del Año Jubilar Teresiano y del Año de la Vida Consagrada.



«Escribir sobre algo nuevo en el Año de la Vida Consagrada, cuando tanto se dice, se escribe, se publica, parece una tarea imposible. Y así sería, si no fuese porque lo único que yo tengo que hacer es escribir sobre mi vida consagrada, y esa, como cualquier vida, es irrepetible. Tan solo tengo que dejar hablar a mi corazón...»

«Mi vida consiste en pertenecer a Cristo, esto es lo fundamental. Él me llamó, Él me eligió, Él me conocía cuando pronunció mi nombre y sabe mis limitaciones, mi capacidad, mi historia y sólo Él sabe, con toda exactitud, la misión que me ha asignado. Mi vida también consiste en escuchar, su Palabra sobre todo y también los signos de los tiempos y a mi propio corazón, para descubrir, con su ayuda, mi tarea en esta vida...»

«Hace algún tiempo, hubo una mujer como yo, que decidió hacer **“lo poquito que era en ella”** que era **“seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese”**.»

«A mí me pareció que eso estaba hecho a mi medida, así que contacté con ella. Ella me enseñó a vivir en clave de amistad -con Dios y con los demás- en un grupo de hermanas, con relaciones igualitarias entre ellas, sencillas, alegres, al servicio de la Iglesia y de la humanidad.»

«Me explicó que Cristo era amigo, maestro, esposo, hermano, que nunca quitaba los ojos de mí y que se olvidaba de sus dolores para consolar los míos. Yo sólo tenía que mirarle, no apartar tampoco los ojos de Él y allí lo hallaría todo.»

Continuará la próxima semana...

Tomado de la revista SIQUEM nº V